

MUNDO DE ERNESTO SABATO

*A la amistad de Carlos Catania,
autor de «Sábato: entre la idea y la
sangre».*

I

A Buenos Aires se llega por el declive del mar que es la pampa
o por la pampa que es el espejo del mar.

Y a Rojas se llega sin llegar. Es decir: desde los cotidianos trenes
donde el tiempo envejece y es el mismo
entre el reino de objetos conocidos y el principio de toda soledad.

En esa casa de los Santos Lugares sobre la mesa de las dudas
está esa aguja magnética a la que el paso de las nubes del sueño
hace un día variar. Las diminutas flores
acompañan ese girar secreto de los astros. ¿Qué ha cambiado?
Acaso todo lo vuelves a ver desde «la provincia que se recuesta so-
[bre la pampa».

¿Es la ficción la sombra de una errancia? Somos máscaras
colocadas sobre una sucesión de máscaras que alguien llama el des-
[tino
y yo no sé cómo llamarlo.

II

Rojas, fortín de un perdido infinito,
pago tan milenario de la vida, molino de un después,
nube del tiempo de la infancia y lluvia del sonido que va lejos.

Don Segundo Sombra acaba de llegar, polvoriento de siglos,
y sobre el mostrador de la cantina se oye el ruido secreto
de esa moneda que tintinea sobre la mesa
y es la noche que alberga un ruido de Universo.

Rojas es esa infancia del molino paterno
que gira en la conciencia de los años con la plaza dormida
en un mañana que en la hoja de aquel árbol comienza.
Hoja es el año donde el verano escribe con su pulso de polvo
y de misterio, siempre soleado.
Rojas es esa iglesia donde el espacio entra a orar muy despacio
y es la escuela del universo compartido que la vida se empeña en
[descifrar.
Buenos Aires tan lejos y tan cerca de remotas galaxias,
cuando solamente existe ese pueblo rural de tiempo y sombra.
Rojas se llama. Y lo demás son los pasos que alguien recuerda
desde sus miradores solitarios.

III

Ajedrez de ese destino de la vida donde los espejos son enjuiciados.
Estamos en esos años treinta. La sangre pudre el hacha del verdugo
de tanto ser usada. También está el maestro que espera en esa es-
[quina
del sol o de la lluvia: el paciente Don Pedro.
El mundo se desangra y hay otros soles —parches para ese ojo va-
[ciado—
mientras la física y las matemáticas preguntan por esas mariposas
que se extravían en los secretos sótanos del alma.
No sé quién se suicida de isla en isla
pero tantas ciudades han bajado la luz de las cortinas tan de repente
que se han quedado ciegas.

IV

Ahora bien: Ciegos estamos todos: ciegos del miedo
o de las cábalas del alma, del síndrome doméstico que atestigua a
[los astros
y de las esquinas que andan en la ciudad en busca de sentido,
como animales prófugos de una tragedia griega siempre repetida
ahora que estamos en el orden de las máquinas,
en la cibernética de todas las dudas, en los discursos
de las constelaciones sin destino, en los laberintos
de las pantallas girantes que nos llaman y no podemos ir
para atenderlas a todas, porque somos
el aturdimiento de cosmos sumergidos.

Ahora bien: París abre una puerta de machacados átomos
y es la explosión del inconsciente en aquello que nunca nos podrá
[ser comunicado.

Pero pasos atrás es Bruselas que se incendia de punta a dogma,
de dogma a punta como el volcán de una esperanza.

Y está Italia, después, país de los mayores, con luz tan interior
y que guarda las llaves más secretas de «El Túnel».

Y está Buenos Aires que no se sabe nunca dónde irá
empujada por las corrientes de aire de la metafísica del hombre.

Y está Don Pedro en esa esquina, cansado de esperar en ese invierno
que llueve tan al revés de las personas. A ves si llega hasta «Sur»
con las cuartillas invisibles

donde nada y todo podrá ser esperado.

V

Las pantallas han hablado, también, como los ciegos,
con sus relámpagos sensoriales de los anuncios de colores.

¿Y qué nos queda? Don Pedro llega a la estación —tan bondadoso y
[taciturno—

tantas veces expatriado del tiempo sin espacio,
tantas veces modesto profesor de universos ya desaparecidos. Y son-
[ríe
a la tartamudez de un melancólico destino. Siempre «Sur» los espera.

Las ratas han invadido la cocina de las dudas
mientras los dioses merendaban promesas
sobre platos esquivos de tinieblas. Tantas veces
alguien escribe a pleno revés de las preguntas. Tantas veces
ocurren esos suicidios interiores detrás de los radares de la guerra
y los murciélagos son ahora los dioses a plena luz,
hasta que aparezcan esas palabras de invisible ceniza
sobre los muros evaporados de la violada Hiroshima.

VI

Las ceremonias y episodios de la ciudad
chocaban, en silencio, con las esquinas cambiantes de las calles
que eran los hilos sutiles de un temor innombrado.

¿Dónde buscar la puerta de salida para tantos precipicios azules?

Ciego ante ciegos. ¿Pero quién puede decirnos si toda duda
se transfigura un día en un espacio sin transiciones?

Las sectas ensayaban sus máscaras de parabienes y despedidas
como era en el principio. El mundo gira con su relojería de fantasmas.
Las noches miran por los huecos azules de sus máscaras.
Los umbrales inviolables de las magias secretas son ahora
ese innombrado horizonte de ojos de plumas. El sonido de la reliquia
es el único pasadizo hacia los delirios de Dios en su inocencia.
Las bolas púrpuras del destino están sobre las manos mágicas que
[giran,
sobre esas manos arden las amarillas playas de los desangrados cre-
[púsculos,
los blancos amaneceres que se desangran en más olvido,
y los ojos agujereados por los delirios del imposible.
Las sectas pululan entre los huracanes de las mariposas
que ya no distinguen el desenfreno de tantos mimetismos.
Cada uno busca su secta sagrada, porque todos estamos ciegos.

VII

El tiempo es una tinta invisible cuando el espacio así lo quiere.
Sólo los ciegos ven cometas veloces que atraviesan la nada,
son los únicos sobrevivientes de las noches que han cambiado de
[estrellas.

Los ciegos adivinan las contraseñas de los tenedores de sombras a
la intemperie de las dudas, esas cucharas sordas,
y aquellos párpados como puertas que se cierran, de pronto,
para guardar el secreto de inmóviles cuchillos,
mientras viajan los pájaros hacia una primavera que no existe.

Es posible que toda imagen repetida sea el azogue del espejo de
[cada día

Siempre son demasiados los continentes que nos determinan
y siempre son pocas las infinitas miradas secretas del azar,
los absurdos de las deliberaciones en las trastiendas de cada destino.

Las contaminaciones de los imposibles desafían las rápidas miradas
y más allá acampan las ciudades peregrinas de circuitos feroces,
porque olvidar es un aprendizaje lento de las dudas.

Ya nadie describe el invisible temblor de tantas circunstancias co-
[nocidas
porque las preguntas del alma son los silencios de los dioses

y el tacto busca el latido del reloj que ya no existe como un recuerdo
[preferido.

Somos mineros invisibles que nunca conoceremos
esas galerías que nuestro tacto ha olvidado,
porque también los astros se movilizan dentro de nosotros
sin llegar a comprender la metamorfosis de todos los signos
cuando el cielo de la vida «es transparente y duro
como un diamante negro».

ALBERTO BAEZA FLORES

Ciudad Bosque de Los Arroyos
Calle 10, número 212
Las Zorreras
MADRID